Yo, sin embargo, creo que mis enemigos no quieren declararse convencidos en este particular, y que por no confesar la verdad acuden presentando los deberes del clero, y manifestando que, de su religiosa caridad, no podia esperarse semejante conducta; y yo digo que así me parece, y así ha sido; pero que la causa la encuentro en el cilabato, pues á no mediar él no respondo que su conducta no se hubiera estraviado, y no respondo porque me gusta precaver los males, y que á los hombres no se les coloque en posiciones dificiles y duras alternativas, y no me gusta esto, porque sé que no debe someterse á pruebas la virtud, y que el hombre débil y sujeto á pasiones harto hará con triunfar de ellas sin auxiliares que las estimulen, cuanto más si á su natural deleznable se le añaden precipicios, se le aumentan dificultades y se le cerca de peligros. Ademas, ¿por qué esperar que el clero no siga los impulsos naturales y como los demas hombres no oiga la voz de la naturaleza? Y si disculpamos al padre, y aun le alabamos cuando pone todo su cuidado en procurar la mejor subsistencia posible á sus hijos y las mayores comodidades, y hasta lo tenemos por un deber de conciencia y de justicia, ¿por qué se lo habiamos de prohibir al clero y esperar en él conducta diferente, tanto más cuanto ésta debia ser la norma de los demas? ¡Ah! Seria un contrasentido que en modo alguno puede esperarse. Lo lógico, lo natural es, que el clero hubiera obrado como obran generalmente los buenos padres.

Naturalmente nos llevan estas reflexiones á otras, y son las que asimismo se desprenden de estas premisas: una vez el clero rico y constituida por el matrimonio la raza sacerdotal rica y mas instruida que la guerrera, lo natural era que se encontrasen en oposicion directa, y que estos dos poderes se disputasen el imperio del mundo y estuviesen en campaña continua hasta que uno sucumbiese y otro triunfase: en esta lucha el clero debia ser, ó vencedor ó vencido; si lo segundo, perdia aquel prestigio que le hizo salvar la humanidad, y del que tambien se valió para civilizar el mundo y consignar derechos al hombre; si lo primero, la sociedad hubiera venido á parar en una teocracia que es muy posible hubiera sido todo, menos justa y racional. De modo, que bien vencido, no pudiese prestar servicios, bien vencedor, se estraviase de la senda de la justicia y oprimiese los pueblos, es lo cierto que en los dos casos el mal era para la sociedad. ¿Qué ganaria la sociedad aun cuando la teocracia fuese la justicia y la bondad misma? Nada, puesto que siempre seria el blanco de ataques, que por injustos, no dejarian de deprimir al clero; es, pues, fuera de toda duda, que el matrimonio clerical es incompatible con el bien de la religion y de la sociedad.

Aun nos quedan más razones que oponer con-

tra el matrimonio de los sacerdotes, y grandes pruebas que aducir en defensa del celibato; y no queremos omitir una que es de gran peso, y que á nuestro juicio presenta en una sola pincelada y en un solo rasgo, los eminentes servicios que la sociedad ha reportado del celibato religioso y sacerdotal. Cierto es que el hombre, desprendido de los halagos de una esposa, de los cariños de un hijo y de todos los lazos que tan poderosamente ligan el corazon á las afecciones de familia, siempre se encuentra más libre para entregarse á los trabajos y lanzarse á los peligros, que el que, al emprender un viaje, tiene que contar con lo necesario para la subsistencia de la familia, si se queda, ó para su trasporte si le acompañan; ademas de esto, en uno y otro caso, el corazon tiene objetos que le distraen poderosamente; la tierna edad de un hijo y la débil constitucion de una mujer, máxime en ciertos periodos y estados de la vida, son un fuerte torcedor, una poderosa rémora para entorpecer y aun impedir un viaje: pues ahora bien, estas dificultades suben de guarismo cuando el viaje es peligroso y aun espuesto á perder en él la vida; entonces las lágrimas del hijo y los ruegos de la esposa, vienen á oprimir el corazon, á torcer la voluntad, y el viaje ó se frustra, ó se imposibilita, ó se aplaza; así, pues, el clero, con las atenciones de una familia, con los cuidados de hijos y esposa no hubiera acometido las grandes

empresas que le honran, ni hubiera convertido naciones, ni civilizado los pueblos. ¿Cómo hubiera atravesado selvas y montañas? ¿Cómo hubiera surcado mares? ¿Cómo hubiera arrostrado el furor de los bárbaros y la antropofagia de los salvajes? No era posible, puesto que el cariño de la esposa y los hijos, y los lazos del matrimonio le hubieran detenido, y si habia concebido el proyecto, precisado á desistir de él.

Tenemos un ejemplo irrecusable de esta verdad y una prueba indestructible, y ésta nos la suministra el clero protestante. El clero, tan amigo de la civilizacion, que tanto la proclama y tanto grita contra el fanatismo de los católicos y las usurpaciones de su gefe; ese clero, modelo segun nuestros impugnadores, es casado, y yo quisiera que me presentasen él y sus apologistas las razones en que fundan el título con que quieren adornarse de civilizadores y amigos de la humanidad; yo quisiera me presentasen las pruebas en que apoyan su pretension y me señalasen los pueblos que han civilizado y las regiones donde han llevado los principios humanitarios; y en una palabra, los climas que han convertido, y entonces podrian justamente aspirar á este honor; mas estoy bien seguro que no aceptarian este reto ni unos ni otros, y si lo aceptan, tambien estoy seguro que no saldrán de él muy bien parados, y que solo servirá para poner de manifiesto algo más que su nulidad y su usurpacion, su mala fé.

No queremos, sin embargo, omitir que al invitarlos á este palenque, queremos armas legales, nada de calumnias, nada de sarcasmos, nada de gritería; razon, filosofia, lógica, hé aquí lo que proclamamos, y sobre todo historia que relate esos servicios y hechos que los comprueben; fuera de esto no queremos discusion, tanto más, cuanto ellos saldrán menos parados cuanto de peor ley sean las armas que esgriman, porque todo el mundo sabe ya que una buena causa no se defiende con insultos, sátiras ni malas razones; estas armas son propiedad esclusiva de los sofistas, y el derecho de las causas perdidas que solo fundan su triunfo en el error y la mentira, y que solo de la seduccion y el engaño esperan su popularidad, halagando las pasiones, transigiendo con los vicios y alucinando los pueblos con aparatos fastuosos, mucha palabrería, pocas ideas, harta disolucion, gran vanidad, admirable soberbia y falta absoluta de caridad; ningunos principios de justicia, muchos de iniquidad, y, en una palabra, viviendo del engaño que siembran, y medrando de esplotar los pueblos que alucinan; estos son los méritos y servicios del clero protestante, y éste su método de discusion con los católicos: recientes están los procesos del cardenal Wiseman, y sus resultados, y la prensa inglesa justifican nuestro relato, y por esta razon hacemos esta advertencia para que sirva de punto de partida, esperando no

recibirán nuestros lectores á mal esta digresion, que si bien nos ha separado algun tanto del hilo de nuestro discurso, nos coloca en el caso de continuarle con mas energía.

En todos los grandes, dilatados y ricos paises que de cuatro siglos á esta parte se han descubierto, dominaba la barbarie, y allí fué el clero acompañando á los conquistadores, y allí esparció la luz del Evangelio, y allí llevó la civilizacion y los principios humanitarios, y todos los historiadores están contestes en que esos dilatados paises deben al clero su civilizacion y su cultura. Cualquiera que haya sido el pueblo conquistador, siempre que con duras leyes y malos tratamientos oprimia los vencidos, una era la voz que se levantaba en su defensa y sostenia con sus derechos y proclamaba en su favor las leyes de la humanidad y las máximas de la religion; y esta voz protectora fué siempre la del clero; la del clero que olvidaba las persecuciones que los indígenas le hacian y en las que perecian á millares sus individuos, y no contento con internarse en los bosques y trepar montañas, y atravesar desiertos por apartarlos de su vida salvaje y nómada, y de sus costumbres sanguinarias y crueles, y de sus ritos repugnantes para ganarlos á la Iglesia y á la civilizacion, convirtiendo en pueblos y ciudades los desiertos, ganando á la agricultura, á la industria, á las artes y á las ciencias aquellos hombres en-

tregados al ocio, á la prostitucion y á la barbarie, haciendo de aquellos brazos poco antes inútiles y aun perjudiciales, remos de la civilizacion y del comercio; se constituia en cumplimiento de su mision divina, sin mas impulso que el de su caridad, en su padre, maestro y protector. Los sacerdotes les enseñaron á fabricar casas, á labrar los campos, á leer, escribir y las artes; los sacerdotes introdujeron entre ellos las santas leyes de la humanidad; los sacerdotes convirtieron los caribes en hombres hospitalarios, y con el Evangelio llevaron allí la caridad y el amor al trabajo, y de este modo los hicieron sociables, y aquellos paises por estos desvelos están en comunicacion con la Europa, en buenas relaciones con todos los paises civilizados y á la altura en que los admiramos.

Tan halagüeña perspectiva no se debe al clero protestante; en ninguno de esos paises fijó su planta, sino despues que el clero católico los hubo civilizado, cuando ya no habia peligro de morir ni miedo de perecer; entonces fué cuando llevaron allá sus doctrinas; entonces fué cuando, con todas las comodidades imaginables, surcaron los mares para sembrar en aquel campo cultivado por el clero católico la zizaña, y arrancar el hermoso trigo de la virtud y de la sana doctrina, á la sombra del derecho de gentes que simbolizaba la bandera de su nacion; entonces, protegidos por su cónsul y escudados con el pabellon nacional, y

muchas veces por soldados, fueron á recoger la gloria de los trabajos ajenos y á disputar á los operarios del Evangelio su envidiable triunfo. ¿Y por qué no fueron antes? ¿Por qué á imitacion de los católicos, tan luego como llegó á su noticia la existencia de esos paises y el estado miserable de sus habitantes no corrieron en su auxilio, esponiéndose al peligro en cumplimiento del precepto de caridad establecido por el Evangelio? ¿Lo ignoran sus defensores? ¿No lo quieren decir sus amigos? Poco importa, lo diremos nosotros sin ambajes ni rodeos, con toda la fuerza de la verdad.

Tres razones pudieron contenerlos: ó el miedo, ó la falta de caridad, ó los ruegos de su esposa y las lágrimas de sus hijos. El miedo no es peculiar de esos espíritus fuertes, y si lo fuera, escrito está: "el buen pastor da su alma por sus ovejas," y ellos, tan observantes, segun se proclaman y cacarean sus defensores, de la letra de la Sagrada Escritura, no hubieran faltado á este precepto; ellos, que apelan al testo para casarse truncando su sentido, como para la mayor parte de sus escesos, siquiera por orgullo, ya que no por una virtud que no puede tenerse fuera de la Iglesia, debian haber corrido al peligro, ¿qué digo? La soberbia, la vanidad, que tanto los domina, hasta el mismo Satanas debiera impulsarlos, siquiera por no santificar la causa católica y hacerla de mejor condicion que la suya; así, pues, debemos conve-

nir en que no fué el miedo el que los contuvo, so pena de echar por tierra los elogios que se hacen de su fortaleza, y los encomios que merece su ilustracion y su religiosidad. Tampoco fué la falta de caridad, y la razon es, porque ellos, que siempre andan á vueltas con la Sagrada Escritura, habrán leido más de una vez esa abnegacion de sí mismos con que los hombres del Evangelio deben prestarse á todo por sus hermanos, incluso la muerte, que tan bien describe el Apóstol en sus epístolas, no dudando ponerla al frente de todas las virtudes, y afirmar, "que si tuviera tanta fé que no pudiera darse mas, y una esperanza probada, sin caridad nada le aprovecharia; y aunque fuese el más sabio y religioso de los hombres, el más penitente de los anacoretas, y poseyese todas las virtudes en el mayor grado posible, sin caridad, de nada le valdrian." Así, pues, no creemos la quebrantarian y dejarian de seguir sus inspiraciones, y en alas de ella, imitando al clero católico, y aun procurando escederle, volarian á ejercerla con los pobres salvajes para separarlos de sus errores é ilustrarlos en las ciencias y en las virtudes, porque asimismo está escrito que es una obra de misericordia "enseñar al que no sabe." Réstanos, pues, un motivo, y es precisamente la esposa y los hijos, ó lo que es lo mismo, el no ser célibes y sí casados; y efectivamente, no puede ser otra la causa, porque el clero protestante no se presta como el católico á ir á los paises recien descubiertos á llevar la luz del Evangelio y la civilizacion; tanto mas cuanto vemos que las mismas posesiones inglesas últimamente descubiertas, sin embargo de la aversion que el gobierno inglés tiene á los católicos, y muy especialmente al clero, tienen misioneros católicos que están prestando servicios eminentes á la humanidad y á la civilizacion, al par que recogiendo una abundante mies de sus tareas apostólicas, cuando el clero protestante apenas se ve mas que en las ciudades y pueblos ya establecidos, haciendo como siempre mucho daño en lo que ningun trabajo les costó adquirir.

Creemos, por tanto, demostrado hasta la evidencia, que el celibato del clero es utilísimo á la sociedad, y que por no ser célibe el clero protestante, no presta los servicios sociales y religiosos que el católico; y esto es tan natural, que sin mas que analizar la sociedad y estudiar las familias, no queda ni vestigio de duda; pues vemos que el buen esposo y el buen padre, se encuentran imposibilitados de hacer los sacrificios que puede hacer y hace el que no se ve ligado con estos vínculos del corazon. Por esto vemos en ciertas clases de la sociedad, que es un requisito indispensable no ser casados, y estas clases son aquellas en que la profesion ó destino del hombre le pone en la obligacion de arrostrar la muerte, tal es por

ejemplo el estado militar: y que es justísima esta prohibicion, lo dice más elocuentemente que nosotros la misma índole de este cargo; y á poco que reflexionemos nos convencemos á nosotros mismos, de que no está dispuesto á arrostrar los peligros el hombre que tiene una esposa y unos hijos que pueden quedar en la viudez y orfandad, sin apoyo ni consuelo; y aunque la voz del honor le llame á su puesto, siempre tendrá los ruegos de la mujer querida y las lágrimas de unos hijos amados que le retraigan ó amengüen su valor, que tal vez le hagan faltar á sus juramentos, que todo puede muy bien suceder, y esperarse de la debilidad del hombre y de la importunidad de la mujer; importunidad peligrosa siempre y tan espuesta á triunfar, que si mil hechos no demostrasen su poderío, y mil ejemplos que diariamente vemos no le proclamasen, tenemos uno, cuya fuerza será bastante para convencer al católico, y es el de Abraham. El padre de los creyentes, cuando el Señor le ordena sacrificar á Issac, estaba tan resuelto á ello, que parece no deberse dudar que no hubiera en el mundo fuerza alguna capaz de hacerle desistir de consumar el sacrificio que se le exigia por Dios y habia prometido cumplir; y sin embargo, las divinas letras nos dicen, que no reveló el precepto de Dios á su mujer. ¿Y por qué no lo hizo? La respuesta es sencilla: por temor de que sus lágrimas no le hicieran faltar al precep-

to. Pues ahora bien, si este temor contiene un corazon como el de Abraham, claro es que mejor contendrá el de cualquier hombre en quien no concurran las circunstancias que en el hombre de la fé; y esto prueba el gran influjo de la mujer en el corazon del hombre y la violencia que le puede hacer; violencia tanto mayor, cuanto que á ella puede añadir la no pequeña de los hijos, cuyo cariño nos precipita muchas veces en defectos y faltas sociales, que sin este motivo no cometeriamos, llegando el caso por ellos de faltar, no solo á los deberes sociales y humanitarios, sino hasta los de conciencia, siendo así injustos para con la sociedad y para con Dios.

A poco que giremos nuestra vista por los paises donde domina el protestantismo, podemos ver esta verdad tan clara y tan demostrada, que no puede ocultarse á la preocupacion más estúpida, y que solo una mala fé repugnante puede desconocer. Tomemos por tipo la Inglaterra misma, ese pais que á cada paso se nos presenta como modelo, y cuyo clero tanto se pondera, y en ese pais veremos los males que á la sociedad está causando el matrimonio de los sacerdotes. En la gran Bretaña existe un clero riquísimo que alterna con los grandes dignatarios del Estado; un clero que, sin embargo de proclamarse el más observante del Evangelio, hace precisamente lo contrario á lo que este libro santo ordena. A pesar de sus cuan-

tiosas rentas, no se le ve ejercer obra alguna de caridad con sus hermanos; él no los defiende de la opresion de los poderosos, él no los consuela en sus aflicciones, él no alivia sus desgracias ni socorre su indigencia; por el contrario, en union íntima con los lores, como ellos comercia, como ellos veja los colonos, como ellos oprime los artesanos, como ellos monopoliza, esplota las lágrimas y el sudor ajeno, se mantiene del llanto de la viuda y del huérfano y vive del trabajo y opresion del pobre; es el tirano del pueblo, y tanto, que mientras en opíparos banquetes se sirven á su mesa los más esquisitos manjares y los vinos más abundantes, el pobre pueblo inglés se mantiene de patatas y agua: los lores y el clero le tienen en tan miserable estado y esplotan su miseria del modo más cruel, sin que haya razon alguna á que atribuir esta conducta tan criminal y antievangélica, más que al matrimonio sacerdotal; hay más, la opresion de la Irlanda y su miseria, segun publican cuantos se creen bien informados en las cosas de aquel pais, proviene del clero protestante, que tiene absorbidos los bienes del católico, faltando así el manantial á que acudian los irlandeses á saciar su hambre, manantial que el clero protestante esplota á favor de sus hijos, y aquí tenemos otra prueba de lo perjudicial que es á la sociedad y á la civilizacion el matrimonio sacerdotal, y por consiguiente una apología del

celibato que tanto se combate, que tan en ridículo se pone, que tan antisocial se proclama por los mismos que en su flujo de impugnar cuanto la Iglesia ha establecido, no tienen inconveniente en esponerse á los mayores dislates y á las aberraciones más groseras. ¡Así obran los hombres cuando se apartan de los caminos de la razon y de la justicia y se dejan dominar por las pasiones, por el encono, por el odio, por la venganza! ¡Este sí que es fanastimo!

Y no son estos solos los beneficios que la sociedad reporta del celibato sacerdotal: otros hay que no son menores, que referiremos, aunque de paso, suplicando á nuestros lectores se tomen el trabajo de leer al conde Maistre [1], y allí hallarán tratados estos puntos con tanta estension como claridad, y con razones tan concluyentes, que no podrán menos de quedar convencidos de lo interesante que es á la religion y á la sociedad esta institucion. Encabeza su demostracion el citado conde, haciendo ver la necesidad de ministros célibes para la administracion del sacramento de la Penitencia, y esto es tan innegable, considerando que la lujuria es uno de los principales ejes sobre que gira la horrorosa máquina de vicios y deslices que destruye el campo hermoso de la virtud y de la sociedad; á ella son debidos infinitos pecados, ella

1 Maistre. El papa y la iglesia anglicana.